

explicación última y primera de este que-
hacer ufológico.

—A este respecto leía yo, anoche, a Michel...

—Me adhiero al aforismo de Michel en lo que sugiere su sentido original francés.

—Lei la traducción al castellano.

—Me parece que ese aforismo está mal vertido al castellano. Veamos lo que dice Michel: «Admitirlo todo para no creer en nada». No obstante, ello parece una versión abusiva. Habrá querido decir que cuando se busca descifrar un misterio impenetrable, ninguna hipótesis debe ser rechazada a priori, ni llegar, todavía, a cualquier conclusión dogmática. Al fin y al cabo, un genuino principio cartesiano. Es verdad que esta filia arroja sobre nuestros hombros un penoso calvario. De ahí el que se busque por muchos una castiza fijación en cómodas posiciones apriorísticas. Siguiendo esta línea del mínimo esfuerzo, lo mismo se peca por defecto que por exceso. Ni tan poco como para no prestar atención a cualquier barrunto de vida dentro del sistema solar, ni tanto como para aceptar la máquina responsable de todo, ubicada en algún planeta sin vida, vehículo no más del impensable gran robot. Con lo primero se empequeñece, sin necesidad, el ángulo de visión, y con lo segundo se practica un deleznable escapismo para no llamar Dios a la máquina. Aquellas cortapisas que les discuten inteligencia y ciencia es para disquisiciones bizantinas. Ganas de desorbitar el problema después de tanto fósforo consumido en situarlo.

Una pausa. Y a renglón seguido, este amable y correcto maestro nacional, persona muy querida en Umbrete y fuera de Umbrete, me dice:

—Yo no digo que no se esté explotando el caudal fabuloso de un pasado ignoto, a caballo de una literatura tremendista y rentable. Pero nuestra mala conducta no es bastante para dejar de opinar que la fábula es historia auténtica sin explicar.

Algún motivo los trae y, entre tantos posibles, cabe ir eliminando los menos razonables

Vuelta a sonar el teléfono. Va el señor Osuna a atender la llamada. Su mujer y su hija casada están en otro rincón de la casa, contemplando la televisión.

—La hipótesis —me dice el señor Osuna cuando regresa— de robots mecánicos o biológicos es aceptable. No podemos negar a otros cuanto desde hace tiempo somos capaces de haber iniciado. Recuerdese de cuánto data el ajedrecista mecánico de Torres Quevedo, y a cuánto se está llegando en el mejoramiento de las razas animales, así como en las híbridaciones botánicas.

—Esos platillos, señor Osuna, pueden ser tripulados o no. En el primero de ambos casos, ¿qué dice usted?

—No me parece muy original que los tripulantes sean compatriotas exiliados que regresan después de intensas mutaciones. Es un claro intento de producir una extravagancia resonante.



Ovni tipo adamskiano.

—¿Entonces?

—En este sentido, sería mucho más lógico suponer, con el padre Reyna, que les atrae visitar el minúsculo planeta donde se ha localizado el milagro de la Redención universal. ¡Queda así mucho más bonito!

—Dígame, ¿quiénes son, en el mundo, los investigadores del fenómeno que tienen más categoría?

—En Francia, Aymé Michel; en Inglaterra, Craighton; en Norteamérica, Jacques Vallée, el matrimonio Lorenzen y el profesor Hynet. En España, Antonio Ribera Jordá, de Barcelona, y Vicente Ballester, de Valencia.

—¿Y en Sevilla?

—Ignacio Darnaude Rojas-Marcos, Felipe Laffite y varios grupos de investigadores.

—Sin falsa modestia, ¿qué lugar ocupa usted entre ellos, en España?

—Quizás, en nuestra patria, yo sea el primero. Desde luego, lo soy en Andalucía.

El señor Osuna firma sus trabajos con el pseudónimo de «Honest Man» (Hombre honesto). Lo es. Y muy sincero.

—Hombre honesto, hombre sincero: ¿es verdad que tripulantes de esos platillos han raptado a seres de nuestro planeta?

—Sin tomar postura alguna en cuanto a la veracidad de los raptos (hasta se dice que ocurrió uno en el Pirineo, al término de nuestra guerra civil), no cabe duda que ello obedecería a la orden de «cogerlos vivos», bien para testimonio fehaciente (como los indios que se trajo Colón), o en calidad de especímenes para un concienzudo estudio posterior.

Me aclara el señor Osuna que casi todo lo que me lleva dicho, y mucho más, lo va a recoger en un artículo que publicará el «Boletín informativo andaluz», en su extraordinario de Navidad, con confección y divulgación de ADIASA. Este «Boletín», los hombres que lo hacen, bien pueden sentirse satisfechos. Su labor es digna de todo encomio. Apenas a los seis meses de tarea, ofrecen a sus lectores un número especial, en el que incluirán interesantes trabajos realizados por conocidos y destacados investigadores, no sólo

lo de Andalucía, sino del resto de España. En este número extraordinario del que hablo insertan un «editorial», cuyo final quiero reproducir: «...Son temas que abordamos en este número objetivamente y con especial cuidado en no caer en posiciones inmovilistas o estáticas. Aún no sabemos nada, y por ello no podemos decir nada en firme; sólo, repetimos, hemos pretendido reflejar todo o casi todo lo que hasta el presente alcanzamos a conocer. Sin embargo, el problema existe, y una prueba de ello sea, quizás, nuestra impotencia para comprenderlo».

Mañana volveré a Umbrete. El padre Leonardo tiene que andar por aquí. Pero no he tenido ni tiempo para ir a darle un abrazo. El sabrá perdonarme...

AMORES

Fotos: Peña Cáceres.



Enviado por M. Lagarde 1972.